

## EL TOREO PURO SEGÚN RAFAEL ORTEGA

José Campos Cañizares\*



Rafael Ortega Domínguez (Isla de San Fernando, Cádiz, 1921 - Cádiz, 1997) ha sido uno de los toreros que mejor ha interpretado el toreo. Decir esto es hacerle justicia, ya que no ha sido valorado por determinadas facciones del mundo de los toros que han entendido y entienden el torear dentro de un esteticismo moderno, de nuevo cuño, surgido principalmente tras la guerra civil. Por el contrario, Rafael Ortega ha contado con la fidelidad mostrada por muchos aficionados que podríamos denominar de cabales, de puros, de aquellos que siempre han reivindicado *parar, templar, cargar la suerte y mandar*, ante toros con pitones, trapío, y edad. Desde ese punto de vista, para estos aficionados, en la figura de Rafael Ortega se han reunido las dos premisas esenciales para que se produzca la máxima verdad en el enfrentamiento entre toro y torero, es decir, la *ortodoxia* en las formas bajo el concepto de la *pureza*, y que esas maneras sean ensayadas ante un toro fiero, de poder, que exija para ser toreado una técnica acabada con pases medidos y exactos, tanto en su número como en su trazo.

---

\* Universidad Wenzao.

La trayectoria de Rafael Ortega no fue excesivamente dilatada, se compuso de altibajos, y, en ella sufrió numerosos percances (cornadas) por su lealtad a un estilo genuino al torear. Su andadura novilleril comenzó en 1944, que alargó hasta 1949 cuando tomó la alternativa en Madrid, el 2 de octubre, ya con 28 años. Después, como matador de toros, vivió dos etapas, una primera más amplia, que se prolongó hasta 1960, cuando decidió retirarse, por falta de reconocimiento en el entramado organizativo de la fiesta de los toros –según el mismo torero ha contado– y cansado de luchar. A este primer tramo de su carrera le siguió una segunda etapa breve, de 1966 a 1968, en la que fue descubierto –y celebrado– por la hondura de sus formas taurinas, por nuevos aficionados de la parte exigente del toreo y por la crítica independiente. Lo cual le sirvió para reforzar su valía, agrandar su aureola de torero de concepto ortodoxo, conciso, sin aditamentos innecesarios en la tauromaquia clásica. Un logro, una estimación, la alcanzada, de alta categoría, difícil de conseguir y de mantener, obediente a un tipo de toreo (el puro) que realizaba Ortega, muy complicado de percibir por los públicos, en el sentido de llegar a ser considerado un torero popular. Aun así, hoy, sus grandes éxitos se ven como gestas, que, sumados, parecen inalcanzables para los toreros en activo, y, que en un estricto resumen son dos rabos en Sevilla, a toros de Miura<sup>1</sup>,

---

<sup>1</sup> Para entender bien el calibre de estos triunfos es suficiente con referirse a lo que supuso la reacción del público asistente a la corrida de Miura en la Maestranza en 1959, algo que Rafael Ortega le contaba al escritor Joaquín Vidal: «Después de torearlo a gusto, cuadré en los medios, le adelanté el trapo a las pezuñas, hice el cruce y le hundí el estoque por el hoyo de las agujas. El Miura salió muerto de los vuelos de la muleta, y la Maestranza era un delirio. Pedían el rabo. Miré al palco, por ver si lo concedía, y resultó que el presidente lo estaba pidiendo también, pues agitaba su pañuelo con tanto entusiasmo como el resto de la gente: A nadie le ha pasado una cosa así», en “Rafael Ortega, el maestro del toreo puro que no pudo llegar a figura”, *El País*, 23, febrero, 1987.

cinco salidas por la puerta del Príncipe de la Maestranza, y seis por la puerta grande de Madrid<sup>2</sup>.

A pesar de esos logros punteros en sus dos plazas emblemáticas, Sevilla y Madrid, y de su reconocimiento en los sectores más rigurosos de la afición y de la crítica, la valoración de Rafael Ortega como torero *esencial* todavía está *en curso*, se va forjando en el tiempo, y, consolidándose en el recuerdo, en la mente de renovados aficionados que quisieran ver esa tauromaquia suya ligada a la pureza, puesta en práctica hoy por los diestros que conforman el escalafón de matadores de toros. Toreros, los de ahora que, por desgracia, han decidido tomar un camino contrario al de los modos clásicos del toreo rotundo, basado en la cargazón de la suerte, que representaba el realizado por Rafael

---

<sup>2</sup> Junto a la faena al toro blanco de Antoñete en 1966, la que realizó Rafael Ortega en Las Ventas al primer toro de Miguel Higuero, el 25 de mayo de 1967, se considera como de las mejores faenas, de las más macizas, vistas en el coso madrileño. Aquél día, Curro Romero, al negarse a matar al quinto toro de la tarde, le robó el protagonismo a Ortega, dado el escándalo que produjo tal actitud. Para Joaquín Vidal aquél hecho supuso una ocasión perdida para que se acentuase el clasicismo en la fiesta en los años sesenta: «El público saltaba de sus asientos y rugía *jolés!* profundos a cada muletazo del maestro de San Fernando, que los ejecutaba y ligaba con una hondura y una naturalidad impresionantes. Aquella faena constituyó una auténtica revelación para los aficionados jóvenes; para la fiesta pudo suponer el resurgimiento de sus valores más nobles, y para el artífice, la asunción del mando del toreo. Pero nada de eso pudo ocurrir, pues Curro Romero, que intervenía en el toro siguiente (mejor dicho, fue al quinto), se negó a lidiarlo, y ésa fue otra conmoción. La corrida, que debió pasar a la historia por la faena de Ortega, se hizo famosa por el escándalo de Curro». Rafael Ortega, le explica al mismo Vidal lo que supuso aquello: «A mí me hizo polvo». Si bien, confiesa, no le guardó rencor a Curro, al que intentó convencer para que matara ese toro: «(yo) intenté animarle, y le aconsejaba: ‘Pero si el toro es uno de tantos, hombre; anda, sal, que yo voy contigo y verás cómo no pasa *ná*’. Y él me decía: ‘Tú no me quieres bien, *Rafaé*, tú no me quieres bien’», *íbidem*. Cosas de los toros. Debemos mencionar que merece la pena leer lo que escribe Mayo (1986: 16-17) sobre cómo se desarrolló aquella faena de Ortega al toro de Higuero, contado en el “Prólogo” que este autor realiza a la tauromaquia de Rafael Ortega *El toreo puro*. Tratado al que nos referiremos a continuación.

Ortega. Diestros, los de la actualidad, que han abandonado la idea de volver a poner en uso ese sendero antes señalado, el del clasicismo, ante toros en puntas, peso y años, senda que llevaría a regenerar la fiesta de los toros. Toreros, que han decidido, por contra, coger un atajo para obtener insustanciales éxitos, como es la vereda del huero *esteticismo*, ante toros artistas, de escasas fuerzas, de ralo trapío, de mermados pitones, y de edad adelantada; astados que sirven de comparsas, que ayudan, que colaboran con sus matadores, quienes finalmente les hundirán la espada, como colofón de sus triunfos, donde al tiempo les venga. Una vía, una ruta taurómaca adoptada actualmente por la torería que lleva al descrédito de la profesión, de la vocación de ser torero, que es la de medirse a toros con toda la barba para dominarlos y matarlos en un acto de fe, ritual, religioso, atávico, en metáfora del mundo natural.

En la sutil consolidación que supone, que está suponiendo, con el paso de los años, el toreo de Rafael Ortega, que va cobrando mayor peso a medida que evoluciona el mundo de los toros, tiene mucho que ver que su obra taurina *El toreo puro*, publicada en 1986 a su nombre<sup>3</sup>, siga leyéndose con asiduidad y se la tenga como una de las tauromaquias que contienen la verdad del toreo, sin que le sobre ni le falte ninguna de las partes que deben ser esenciales para su ejecución técnica y su valoración crítica. *El toreo puro* de Rafael Ortega es un libro que deslumbra, que emociona, que asienta los conocimientos y hace reflexionar sobre el futuro de la fiesta. Es un escrito (un tratado) que no deja indiferente, y el hecho de que en la actualidad se lea le convierte en un fértil vivero de futuros aficionados, tal como ocurre con la ya clásica obra de Domingo Ortega *El arte del*

---

<sup>3</sup> En realidad *El toreo puro* (Valencia, 1986) está redactado por Ángel-Fernando Mayo, a partir de una conversación mantenida con el maestro Rafael Ortega el día 1 de abril de 1986.

toreo (1950)<sup>4</sup>. Cabe la posibilidad, según se mire, que aquellos que consulten estos libros<sup>5</sup> se puedan convertir en aficionados *pesimistas* –es decir, bien informados– si tenemos en cuenta los derroteros *pegapasistas* y *encimistas* que está adoptando la fiesta de los toros en estos años, dada la poca presencia de las reses que se lidian, debido a la selección impuesta por los toreros que mandan y admitida por los empresarios, por parte de los ganaderos, por el público y por la crítica oficial.

A la hora de describir cómo toreaba Rafael Ortega no hay mejor manera de esbozarlo que acudir a la lectura de su tauromaquia, *El toreo puro*. En ella, nos encontramos que él mismo se posiciona, para empezar, en el lado del toreo de la escuela rondeña, aquella, en la que formarían toreros de su tiempo, según él declara, como Antonio Ordóñez y Antonio Chenel *Antoñete*, toreros fundamentales de la segunda mitad del siglo XX. A cuyo elenco, añadiríamos, a tenor de lo que nosotros pensamos, a Antonio Bienvenida, por el asunto nuclear de su toreo. En este sentido, en su tratado, de manera indirecta Ortega viene a decir que a la escuela rondeña se le opone la escuela sevillana, conformando ambas, cuando el toreo se hace con verdad, las dos escuelas claves en la historia del arte de torear. De la escuela sevillana, Ortega señala como excelentes toreros de su época a Pepe Luis Vázquez, Manolo Vázquez, Pepín Martín Vázquez y Manolo González, padrino de su alternativa. Para Ortega, el toreo puro puede ser interpretado dentro de cualquiera de las dos escuelas referidas, ya que el toreo bien hecho consiste en resumidas cuentas en «citar, parar y mandar». Por ese camino –nos

---

<sup>4</sup> *El arte del toreo*, de Domingo Ortega, se piensa que fue escrita por José Ortega y Gasset, amigo del gran torero de Borox (Toledo).

<sup>5</sup> A los dos libros señalados pensamos que hay que añadirle, para completar las tauromaquias de la segunda mitad del siglo XX, la dictada por Marcial Lalanda a Andrés Amorós (1988) y la escrita por Javier Manzano (2011) sobre el toreo de *Antoñete*, que nace de las opiniones del maestro madrileño *Antoñete*.

mantenemos en la tauromaquia del siglo XX— nos dice Ortega que, primero, se asentó *parar, templar y mandar* por medio de Juan Belmonte. E inmediatamente después se amplió a un concepto de mayor pureza, *parar, templar, cargar y mandar*, impuesto por Domingo Ortega. Será el mismo Rafael Ortega quien subraye, como veremos a continuación, la importancia que tiene el hecho de *citar* (1986: 38-40). Términos, los anteriores, definidos en las tauromaquias clásicas de los siglos XVIII y XIX y de comienzos del XX. Y que para comprenderlos, desde la explicación que da Rafael Ortega, es preceptivo disponerlos desde su época, como él mismo hace<sup>6</sup>.

Como hemos señalado, en los *tiempos* del toreo, Ortega viene a acentuar algo que para él es esencial y previo: el cite (*citar*) que en su opinión es «echarle el trapo para adelante al toro», para llamarle y traerle, haciéndolo con la muleta en movimiento, —nada de dejarla quieta—; por eso lo de «adelantarse (con la muleta) y citar» y traer al toro toreado desde el comienzo del pase. De este modo los cánones del toreo quedarían formalizados en cinco *momentos*, íntimamente unidos, que Ortega engarza con esta precisión: «*citar, parar, templar y mandar*, y a ser posible cargando la suerte». Esto dentro de un toreo realizado sin aditamentos, sin adornos innecesarios, que sólo deben ser esgrimidos cuando lo requiera la *justeza*. En concreto, se refiere Ortega al abuso de lances de poco fuste como las chicuelinas, o a pases sin contenido como las manoletinas. Incluso, a torear a pies juntos. Lances o formas de los que se sirven los toreros para ganarse a la galería, o para exponer menos. En su criterio hay que ajustarse a lo que pida el toro, e improvisar «de acuerdo con el sentimiento del momento». Ponerle *sentimiento* a lo que se hace

---

<sup>6</sup> Para conocer la evolución técnica del toreo a pie a partir de un estudio de las tauromaquias existentes, recomendamos la obra de Rafael Cabrera Bonet (2011:15-111).

para que llegue al público, para que se transmita lo que se quiere comunicar. En definitiva, un toreo preciso, justo, sólido, esencial, puro, alejado de lo simplemente *bonito* (Ortega, 1986: 40-43).

#### LA CAPA Y LA MULETA

El toreo fundamental de Rafael Ortega, en sus lances y pases cardinales, comienza con la *verónica*. En la preparación del toreo con la *capa*, recomienda que se elija bien el tamaño de



Fig. n.º 30.- *El maestro Rafael Ortega Domínguez*, retratado por Quijano.

ésta. Él toreaba con un capote mediano «porque (nos dice) como bajaba mucho las manos, el capote grande los toros me lo pisaban y me lo quitaban». Con la talla intermedia se puede dar la *verónica* pura, que es aquella «que rompe y domina al toro (y) que se da con las manos bajas». Algo, esto de torear por abajo, totalmente necesario para dominar al toro que tiene, por lógica, *más fuerza* que el hombre. De ese modo, el torero se impone

desde el principio. Nada de levantar las manos. Sino, todo lo contrario, hacer humillar al toro en la verónica *arrastrándole* el capote, cargándole la suerte, y ganándole terreno. Y siempre cerrando las series con el complemento de la *media verónica* que bien rematada da aire al torero para salir *por el costillar* lo cual también, en su criterio, ayuda a dominar al toro. Son dos lances básicos, la *verónica* y la *media verónica*, que deben emplearse en la primera parte de la lidia, de salida y en los quites. Un apartado el de la capa donde Ortega no renunciaba a echársela a la espalda, pues si en tal postura se le cita al toro, se le echa *la pierna para adelante* y se le carga la suerte se produce un toreo de exposición que se asemeja al toreo de muleta (Ortega, 1986: 43-44).

Con la *muleta*, explica Ortega, lo primero, como en toda la lidia, es que el torero se ajuste a las condiciones del toro, según llegue éste al tercio final, tenga mayor o menor fuerza, o manifieste *brusquedades* o defectos. Una vez visto el toro, entonces, será prioritario no *cortarle nunca el viaje*, ya que el dominio sobre el toro debe realizarse *llevándole largo*. Eso es torear. Que la embestida del toro se alargue *con naturalidad*. Hoy, al público, piensa Ortega, le gusta el toreo de *pases totalmente redondos*, pero eso para él *no es el toreo*. Torear, insiste, es dar el pase «cuanto más largo, mejor, pero con cite y con remate, y quedándose uno colocado para ligar el siguiente». En cada pase: «El toro tiene que venir humillado, metido en la panza de la muleta y con la *suerte cargada*». Si el torero no *adelanta* la pierna contraria, y la echa atrás, *descarga* la suerte. Eso no es torear bien, ya que, concluye Ortega: «El toreo bueno es aquel en que cargas la suerte y apoyas el peso sobre la pierna contraria; y la última parte del pase ha de permitir que el toro te deje colocarte de nuevo sin modificar el terreno, pues lo más clásico y lo más puro es que, en la faena, cuanto menos andes, mejor. No me refiero a *andarles a los toros*, como lo hacía Domingo Ortega, sino a eso de dar un pase aquí y otro allá»

(*Íbidem*: 46-48). Una cuestión ésta –pensamos nosotros– la de *cargar la suerte*, que actualmente ha desaparecido del toreo, pues los astados no giran sobre la pierna contraria del torero al dar el pase, ni pasan por ella, con lo que se pierde autenticidad, emoción y contenido en la ejecución.

Un elemento vital en la tauromaquia de Ortega es el *número de pases* que deben componer una faena. En este aspecto, se muestra disconforme con lo cuantitativo, moneda corriente en las faenas modernas que suelen constituirse con alrededor de medio centenar de pases. Para Ortega, si al toro se le torea con pureza, se le cita –adelantando la muleta–, se le para, se le manda, se le temple y se le carga la suerte, entonces, con tal dimensión de recorrido al que se le somete en cada pase, no puede aguantar más de veinte. El torero de la Isla de San Fernando mantiene el criterio de que las faenas modernas se componen de tantos pases porque en realidad al toro se le dan medios pases, ya que no se adelanta la muleta para empezar, y así no se le trae toreado, ni se le baja la mano, ni se le carga la suerte, ni se le manda, ni se le remata, tanto en el desarrollo como en la finalización de los lances. Quiere decir que en la faceta de construirse una faena, hacerlo con la muleta retrasada o quieta, en realidad lo que consigue es componerla de medios pases (*Íbidem*: 48).

Rafael Ortega entiende que el toreo debe hacerse al *natural*, cuya factura es la que más le gusta. La base es el pase «natural (que) no es puro si no se carga la suerte». Ya que «ahí (incide Ortega) está la pureza y el riesgo». En su desarrollo, en su ortodoxa ejecución, cuando el toro «viene humillado hay que llevarlo con el *natural* largo –acción esencial– y metido en la panza de la muleta hasta el remate». Nada de cortarle el viaje al toro. Por eso la importancia del cite y el remate. A su vez, un segundo pase fundamental, también con la izquierda, es el *pase de pecho*. Que si se describe con mayor o menor semicírculo indica buena interpretación «porque se le lleva (al toro) más tiempo toreado».

Si bien en su correcta realización lo sustancial reside en cargar la suerte, que se acomete «con el pecho, echando el pecho para adelante, por eso se le llama pase de pecho, (así pues) lo puro es echar el cuerpo para adelante dando el pecho». Merece la pena detenerse en la descripción que hace Ortega de lo constitutivo del pase de pecho, de su alma: «Al iniciar el pase con la mano baja, para que el toro venga humillado, hay que echarle el pecho adelante al toro y luego, cuando le vas marcando el viaje, el animal debe pasar casi rozándotelo; en la salida, el codo del torero tiene que deslizarse por encima del lomo del toro hasta que éste pasa tan largo cual es de cabeza a rabo». No hay que exagerar, ni forzar, ni llevar «demasiado (al toro) hacia el hombro contrario». Sino dejarle en el *sitio* desde el cual pueda iniciarse de nuevo el toreo al natural, o lo que proceda, pero en el mismo terreno, que es la prueba del dominio (*Íbidem*: 51-53).

Con la misma mano izquierda, la mano que más le gusta a Ortega, otro pase primordial es el *ayudado por bajo*, que se daría, si es al natural, mediada la faena o al final, «como pase de castigo para afirmar el dominio y cuadrar al toro». Por eso, antes de matar, se puede torear «llevando la muleta por debajo de los pitones del toro, cargando la suerte, templando y arrematando los pases». Ahora bien, cuando se ensaya a comienzo de la faena, entonces, por la propia violencia que lleva el toro, tiene que darse con la derecha, para poder templarle más, y recogerlo mejor. Y precisa Ortega para cualquiera de los casos: «Para que el ayudado por bajo a dos manos, que es el pase a que me refiero, resulte eficaz y bonito hay que darlo despacio, sin pegar trallazos, y evitando que el toro te enganche la muleta». Es curioso que, en las referencias al toreo de muleta en *El toreo puro*, existan muy pocas sobre el uso de la mano derecha. Ortega se consideraba mejor torero con la izquierda. Piensa que con esa mano hay mayor riesgo, al no ir montada la muleta, y ser presentada a los astados de manera más recogida (*Íbidem*: 53-54).

## EL ESTOQUE

A la hora de matar a los toros, a Rafael Ortega se le ha tenido como uno de los mejores estoqueadores de la historia, puede que el mejor desde la guerra civil para acá<sup>7</sup>. Ortega cree que la estocada es la culminación de la faena y un lance en su conjunto paradójico, pues bajo esa figura retórica nos lo quiere exponer: «la suerte de matar es lo más difícil que hay», pero «matar toros no es difícil». La solución a este galimatías consiste en haber dominado antes al toro. De esta manera lo expresa: «si el toro está dominado se te entrega a la muerte, y el torero que tenga valor, monte la espada, le eche la muleta al toro a las manos entre las pezuñas y se vaya detrás del estoque...». Estar dominado (el toro) es haberle obligado con esos *veinte pases* completos, llevándole toreado y *con el muletazo arrematado de verdad*. Entonces, «llega un momento en que el animal te junta las manos y te pide la muerte». En definitiva, la suerte de matar es la prolongación del toreo que se realiza con anterioridad en la faena. Es lo que defiende Ortega: «El toro que yo he matado bien es el toro que antes lo he toreado bien, porque el toro, para matarlo bien, tiene que estar entregado y pedirte la muerte». Sobre el momento final de la faena, cuando el toro da señales de pedir la muerte, y, la trascendencia que tiene darse cuenta de ello, detectarlo, se extiende y lo explica el maestro con un sentido claramente didáctico: «Algunos (toros) no abren la boca, pero la mayoría sí lo hacen, te sacan la lengua y con su actitud

---

<sup>7</sup> Queda constatación de ello en muchas crónicas de diferentes críticos. Destaca sobre todas la reivindicación de la estocada de Ortega realizada en 1959 por Gregorio Corrochano (1959): «llamo matar bien como entra, hiere y sale Rafael Ortega cuando mata bien; se llega a la ilusión de creer que se ha visto el volapié de *Costillares*». La opinión de Corrochano pudo influir en la crítica que poco después (19-5-1959) le dedicó Antonio Díaz-Cañabate, titulada “La alegría de morir”.

te dicen: «!Mátame!»». Si después de ese momento no haces caso a lo que te dice el toro y continúas dándole pases, lo único que consigues es enredar, porque los pases que ahora das ya no pueden ser como los primeros: los toros ya no tienen el mismo recorrido, la embestida es ahora más corta, tardea y ya no se le puede torear ligado». Y todo eso influye en el ánimo del público, al que se le cansa, y en el toro, al que se le aburre, por lo que sobreviene la dificultad de cuadrarlo y de matarlo<sup>8</sup>.

En el criterio de Ortega en la suerte de matar existe otro elemento básico, el *sitio*, que viene a ser saber situar al toro para matarlo en la suerte natural –que sirve para la mayoría de los toros– o en la contraria –para los mansos que buscan el refugio de las tablas–. Una vez decidido ese terreno, le sigue la acción de igualar al toro que afecta a la inmediata ejecución de la estocada, pues no es lo mismo que el animal presente las manos juntas o no; sin que perjudique en su resultado ‘la colocación de las patas traseras’. Finalmente, vendría la consumación de la suerte suprema de la tauromaquia. En su forma más usual, el *volapié*, Ortega dicta la siguiente lección fiel a la pureza: «te pones, por ejemplo, a unos tres metros del toro o un poco más cerca –de dos metros a dos y medio– para engancharlo de verdad bien y hacer la suerte como debe hacerse. Si el toro está dominado, entonces te deja colocarte más cerca, y si no lo está pues no tanto. Pero lo más importante es que el toro tenga las manos juntas y esté fijo en la muleta; ésta hay que liarla, echarla un poquito para adelante y que el toro esté fijo en ella. En mi caso, después de liar-

---

<sup>8</sup> (Ortega, 1986: 58-62). La elección del instante de entrar a matar -saber verlo- es vital para Ortega. Lo ilustra con la siguiente anécdota «Hay una anécdota de Juan Belmonte que me parece oportuna. Cuentan que Juan estuvo muy bien en una feria, y llegó un aficionado muy amigo suyo y le dice: - Juan, has estado muy bien, pero te ha faltado pegarle al toro diez pases más. Y va Juan y le contesta con aquel tartamudeo suyo: - Pu... pu... pues el que quiera más, que venga mañana, que toreo otra vez», (*Íbidem*: 62).

la con la espada, con la punta del estoque le metía al toro la muleta lo más adelante que podía sin descomponer la figura, me colocaba derecho al toro entre los dos cuernos, me perfilaba y me columpiaba tres veces con los pies juntos». Aquí, lo que quiere especificar es que «me mecía tres veces para medir mi impulso». Un espacio de tiempo donde él se recreaba «para darle a la suerte de matar un empaque y preparar al público». Después, sin solución de continuidad, se marcarían los tiempos, *citar*, *el mandar o templar* y *el cruzarse*, con el remate final –como en los pases– de *salir por el costillar*. En ese proceso hace hincapié en que lo esencial «es perfilarse entre los cuernos con los pies en el mismo terreno, adelantar la muleta y luego realizar los tres tiempos». De los cuales, destaca el *cruce* que «es un cruce con el toro y también con las manos, pues una va hacia delante (la derecha) y la otra lo hace hacia atrás (la izquierda)» (Ortega, 1986: 62-65).

Es esclarecedor e ilustrativo mantenerse en la teoría del toreo puro para consumir la suerte suprema. Puntualiza Ortega que con los toros que en ese trance se vienen *no hay más que presentar la espada* pues se matan ellos *solos*. Si bien, en la mayoría de los casos, asegura, «hay que citarlos, y entonces la mano izquierda es la que hace la suerte, porque es la que manda en la embestida», mientras la mano derecha, «que al perfilarse tiene que estar apoyada en la tetilla izquierda, es la que tiene que hacer el cruce»; sin adelantarla, ni ponerla *a la altura de la cara* –que son impurezas–. El acto de cruzar, recalca, precisa, matiza, consiste en que «las dos manos se muevan haciéndole la cruz al toro». De ahí la importancia de poner -apoyar- bien la mano derecha *en la tetilla izquierda* –y aquí Ortega al contarlo se sumerge en sus propias estocadas–: «dejo que la barbilla me roce la mano», a lo que le sucede la pura acción: «Arranco con la vista en el morrillo, la mano izquierda viene para mí y la derecha sale hacia el toro de manera natural, sin adelantarla. En definitiva, dicho con otras palabras, *la mano derecha tiene que ir en*

*el corazón* y tú tienes que hacer que el toro venga a comerte la mano izquierda, que te coja la mano con la boca y te la llene de baba». Concluye: «Cuando ocurre así, seguro que lo matas» (Ortega, 1986: 66-69).

La misma teoría la aplica a la suerte de *recibir* los toros, que para Ortega «es lo más difícil que hay en todas las suertes del toreo», ya que «con la muleta por delante» se cita al toro «con la pierna izquierda (algo obligatorio, pues no vale dejar la pierna quieta) y esa pierna tiene que volver después al sitio de donde ha salido al tiempo que se hace el cruce trayendo al toro con la mano izquierda». A eso hay que añadirle que el torero no debe hacerse a un lado, no debe quitarse, sino mantener la pierna derecha en su sitio, «sin dejar su terreno», porque la muleta (con la izquierda) es la que desplaza al toro. Una variante respecto al volapié es que el torero tiene que colocarse algo más cerca del toro, a dos metros o dos metros y medio como máximo, puesto que más lejos sería matar a *un toro que viene arrancado* y, entonces, *no viene toreado*. Asunto lo de que venga toreado consustancial a la suerte de recibir. La distancia apropiada -vuelve Ortega, otra vez, a verse a sí mismo matando- es la «que te alcanza el brazo para llegarle al toro al adelantar la pierna izquierda, echarle al hocico la muleta y traerlo metido en ella mientras retiras la pierna a su sitio». En otra distancia, no hay cite, ni se para al toro, ni se le temple, ni puede el torero *salir limpio por el costillar* (*Ibidem*: 69-70).

#### EL RITO DE LA MUERTE

Ni que decir tiene que para Rafael Ortega, en la corrida, hay que matar al toro. Es el asunto sobre el que gira la tauromaquia, y en el que él ha destacado sobremanera. Las razones que da para que se mate al toro son las mismas que han permitido la existencia de la fiesta de los toros desde la antigüedad, su permanencia; porque la tauromaquia se establece para el toro bravo,

ejemplar que sin ella desaparecería de la fauna, de manera inmediata. La reflexión que hace Ortega -a la que nos sumamos como defensores de la ecología- para que no varíe ni desaparezca el hábitat donde vive el toro, la dehesa, es la siguiente: «el toro de lidia se cría exclusivamente para torearlo y matarlo en la plaza; si no el toro de lidia no existiría, sería ganado para carne. Una vez toreado, el toro sólo sirve para apuntillarlo y para carne, salvo que se lo echas a las vacas (semental), y si no es así sería una carga, luego en todo caso hay que matarlo» (*Íbidem*: 70-71).

La suerte de matar es la que da sentido a la lidia, viene a ser la demostración de que el torero ha dominado al toro -le ha toreado-. Es la finalidad y lo más puro del toreo, porque además es donde el torero arriesga, se compromete, ya que le pierde en su acción, al hacerlo, *la cara al toro*. Es de la opinión Ortega que a los toros hay que matarlos con máxima nobleza, una actitud del torero hacia sí mismo y con el toro: «a muchos toros los he matado sin concederme yo una sola ventaja, he pensado que eso era lo más noble que yo podía darles, hacerle la suerte a ley a cada toro para que ésa fuera *su muerte*, la del toro de lidia, y no la del ganado de carne» (*Íbidem*: 71-75).

Así debe ser. En ello reside la pervivencia de la propia tauromaquia.

Un compromiso -apostar por el futuro de la fiesta de los toros- que tiene que estar basado, por coherencia, en torear según lo entendía en todas sus fases el maestro gaditano, Rafael Ortega Domínguez, al que sus paisanos llamaron *El tesoro de la isla*.

## BIBLIOGRAFÍA

- Amorós, Andrés (1988): *La Tauromaquia de Marcial Lalanda*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Cabrera Bonet, Rafael (2011): “Elementos técnicos del arte de torear”, en *Tauromaquias vividas*, R. Cabrera Bonet (ed.), CEU Ediciones, Madrid, págs. 15-111.
- Corrochano, Gregorio (1959): “Un ganadero que no afeita los toros: El Marqués de Albayda. Un matador de toros que sabe matar: Rafael Ortega”, *ABC*, 11 de abril.
- De Miguel, Andrés, y Márquez, José Ramón (2013): “Entrevista con Rafael Ortega en 1993”, *Encuentros en Catay*, nº 26, Casa de España en Taiwán, Taipei, págs. 350-355.
- Díaz-Cañabate, Antonio (1959): “La alegría de morir”, *ABC*, 19 de mayo.
- Díaz-Cañabate, Antonio (1959): “Un miura y Rafael Ortega”, *ABC*, 22 de abril.
- Díaz-Cañabate, Antonio (1967): “Dos faenas: una magnífica y otra lamentable”, *ABC*, 26 de mayo.
- Lyon, William (1983): “Rafael Ortega dicta su lección”, *El País*, 3 de junio.
- Manzano, Javier (2011): *Antoñete. La Tauromaquia de la movida*, Madrid, Reino de Cordelia.
- Mayo, Ángel-Fernando (1986): “Prólogo”, en *Rafael Ortega. El toreo puro*, Valencia, págs. 7-25.
- Ortega, Domingo (1950): *El arte del toreo*, Revista de Occidente, Madrid.
- Ortega, Rafael (1986): *El toreo puro*, Diputación Provincial de Valencia.
- Sánchez Ferlosio, Rafael (1980): “El as de espadas”, *Diario 16*, 21, 22 y 23 de mayo.
- Vidal, Joaquín (1987): “Rafael Ortega, el maestro del toreo puro que no pudo llegar a figura”, *El País*, Madrid, 23 de febrero.

Vidal, Joaquín (1991): “Maestro del toreo puro”, *El País*, Madrid, 22 de febrero.

Vidal, Joaquín (1997): “El toreo puro”, *El País*, Madrid, 19 de diciembre.

